

SIERRA: UN GUARDIAN DE LAS ESPERANZAS

Por: Otto Morales Benítez

“TODOS EN SU PUESTO”

Nos reunimos en nuestros claustros, para volver a conversar acerca de la figura de Monseñor José Sierra, el Fundador. Y lo hacemos detrás de las páginas del libro del padre Juan Botero Restrepo, que lleva por Título **“Todos en su Puesto”**. Este historiador ha enriquecido la bibliografía con muchos libros. Les ha dedicado tiempo y fervores. No goza de límites en su inclinación a la investigación. Hay que celebrarlo y exaltarlo. Es un gran trabajador, como lo debe ser todo aquel que resuelve explorar cualquier variante de la cultura. Porque está demanda ser afecto de sus riesgos. Botero Restrepo recoge datos, los ordena, y va dando nuevos volúmenes a la curiosidad de los lectores. No se detiene. Cuando termina una obra, ya ha concebido el plan de otra. Desde luego, y el Padre Juan lo sabe, no comparto su metodología. Ello es apenas natural, pues quienes nos sumergimos en el pasado, proyectándolo para que ilumine el futuro, nos desenvolvemos en diversas e infinitas escuelas, preocupadas de mil matices y sutilezas. Las desavenencias son de procedimiento mental, que favorece el enriquecimiento y la amplitud en las afirmaciones. Al escribir historia, no solo resaltamos lo que el personaje o el hecho nos sugiere, sino que nos permite volver sobre las verdades científicas o ideológicas que gobiernan nuestra lucha. Las discordancias con Botero Restrepo, no terminan allí. En este libro que hoy comentamos, hay una serie de observaciones tuyas a las cuales no puedo adherir al hacer el análisis político. Estas son divergencias normales en quienes nos comprometemos en la investigación de la realidad nacional. Lo que es válido en su labor, es su denuedo, su pasión, su constancia. El no torcer su vocación. Y hoy, nos permite volver a pensar, siguiendo la ruta que él mismo nos ha descrito, en Monseñor Sierra.

SIERRA Y SUS MUNDOS :

La peripecia de este varón, podría indicarnos como valedera al examinar las diferentes estancias que emergen de su acción vital:

la de estudiante, la de Profesor, la de Sacerdote, la de periodista y orador, la de Rector de Juventudes.

Fue precoz en su ansia de conocimientos. Para otorgarle la categoría de sacerdote, fue indispensable la dispensa, pues no contaba con la edad requerida. Y cuando la Universidad Gregoriana le entregó el título, lo habilitaba como Doctor en Filosofía Escolástica. Ya tenía autoridad, como orador y, al regresar de Europa a Colombia, se le invitó a disertar desde el púlpito de Notre Dame en París. Fue hombre de palabras erudita. En la tribuna adquiría la dignidad del orador, que, con el idioma fácil y rico para expresarse, posee el aliento en unas ideas centrales, que deben guiar el razonamiento. Hay que apuntar hacia una meta, en la cual deben culminar advertencias, admoniciones y sentencias. El Tribuno no está hecho para el fluír alegre de adjetivos. Su mandato interior debe ceñirse a unas disciplinas de rigor. En él, prevalecían la pasión por la fe y por la patria. En su tiempo, con Monseñor Rafael María Carrasquilla, compartió el cetro de la difusión de las disciplinas escolásticas. Era arrebatado y convincente, atemperado por su verdad filosófica. La que anhelaba que compartieran devotos y feligreses de simple cercanía a la Iglesia.

En este estimulante y creador ambiente de la oratoria, fue de los primeros predicadores que comenzó a detenerse en el análisis de las cuestiones sociales. No estábamos los colombianos muy acostumbrados a su prédica, pues se había repartido la consigna de que esas preocupaciones pertenecían al endiablado círculo de los comunistas. El, contradijo esta apreciación, que repartían quienes deseaban mantener incólumes sus privilegios. Y, también, peleaba contra aquéllos que habían comprometido la solidaridad de la iglesia con los padres, consintiendo algunos clérigos el vigorizar ciertos sectores que no admitían que al capital correspondía unas obligaciones sociales. Sierra, venía bien convicto de las consignas que se desprendían de las Encíclicas. Era natural que su influjo ideológico aún no hubiera golpeado nuestras costas comunitarias. El, llega con su pensamiento, a levantar el vendaval que nos debería inclinar a una reflexión colectiva. Esa es una contribución al ensanchamiento del pensamiento social de la iglesia colombiana.

PROFESOR QUE ENSEÑA Y DIRIGE.

Desde que volvió de Roma, estuvo dedicado a ser Profesor. Su mandato era enseñar y dirigir. En el Seminario, leía sus lecciones de Teología, Antropología y Lógica. Después, Filosofía de Derecho en la Facultad. Y siempre estuvo atento para cumplir con el mandato de conducir a través de las pautas religiosas. No era capricho de los Rectores encomendarle estas materias. Como se sabe, la Teología es la investigación sistemática y especializada de lo divino, y las clases acerca de los estudios antropológicos relativos a la religión, no se pueden dictar si no se poseen conocimientos en torno a aquélla y, por cierto, ceñidos a lo confesional. Esto indica la riqueza de sus explicaciones y de su sabiduría.

CURA DE ALMAS

Su vocación estaba en la Universidad. El había tomado la decisión de entregarse al servicio de su verdad. De allí que cuando la jerarquía lo requirió para otros menesteres, los cumplió con denuedo y sin reproche. Sus meditaciones teológicas, lo habían disciplinado para el acatamiento de aquélla. Sabía que el haber accedido a una vocación, le imponía el deber de prolongarla en ejemplos. Así desempeñó dos curatos: el de Sonsón y el de la Veracruz, en Medellín. Fuera de la difusión de la fe, su acción se inclina hacia la parte sustancial de su pensamiento: lo social. En la primera ciudad, crea la "Unión Obrera Campesina" y estimula la organización de los Sindicatos Obrero y el de los Carniceros. Concibe la "Caja Local de Ahorros", la "Sociedad de Mutuo Auxilio", la "Casa de Beneficencia para protección a la joven". Y realiza una idea que ha debido alcanzar mayor incremento en lo nacional: El "Fondo de préstamos para los cultivadores de café". Así saca a éstos de las garras de los especuladores, que facilitan dinero sobre el futuro de la cosecha, a la cual le imponen valores ínfimos, maniatándolos hacia el porvenir. Impidiendo que puedan liberarse económicamente. Y lleva desconocidas semillas de caña. Es la prédica de la inaplazable renovación en el campo para intensificar la productividad. Y continúa su permanente acción intelectual para que el salario represente la justa remuneración, apoyado en las sentencias de la "Quadragesimo

Anno". A su acción de pastor de almas, une la lucha por la comunidad. Su límite no está en cumplir los mandatos religiosos, ellos se amplían en sus desvelos comunitarios.

Y en la Veracruz insiste en sus vocaciones sociales. Ahora piensa en las limitaciones económicas de sus colegas; en las dificultades que custodian tanta existencia de seres que la han consumido al servicio de su fé y de sus parroquianos. Así funda la "Unión Caritativa del Clero", que es precursora de la Seguridad Social Eclesiástica y, organiza el "Fondo Común Sacerdotal". Su labor no termina en la sólo exaltación de la fé. Ella se asienta en la imposición ineludible de la justicia.

AL PIE DE LAS IMPRENTAS

Consideraba que el pensamiento requiere expandirse en diferentes formas, para que logre prolongar su irradiación cultural. Siguiendo esa creencia, publicó libros. Aquí y en la Casa Garnier de París, su "*Sinopsis de la religión*". Y dejó inéditos, su "*Filosofía del Derecho*" y el "*Tratado de Psicología*".

Devoto de esas certezas, siempre estuvo al lado de una imprenta. En 1918, editaba la Revista "El amigo de la Ciencia"; después puso a circular el diario "La Defensa". En Sonsón, editorializaba en "El Popular", recomendando líneas de acción a su feligresía. Cuando es Rector de la Universidad de Antioquia, en 1927, organizó la imprenta de los claustros y comenzó a editar la conócidsima revista "Universidad de Antioquia" y la reputadísima "Estudios de Derecho". Al fundar la Universidad Pontificia Bolivariana lo primero que hizo fué adquirir medios adecuados para editar la Revista que lleva el nombre de las aulas. Con ella, vigorizó el pensamiento que expandían profesores y estudiantes y regularizó la presencia internacional de esta alma mater. La oración verbal, expande, comunica, enciende, a los espíritus. Lo que permanece es aquéllo que se escribe, en horas de reflexión, inclinados sobre los volúmenes que aportan ideas, permiten cotejos, dan renovados impulsos a la inquietud intelectual. En esto tuvo persuasiones Monseñor Sierra. No dudó y comunicó su convencimiento a quienes lo acompañaban.

EL EDUCADOR

Básicamente, Sierra fué un educador. Todo lo predisponía para ello. Desde su estructura académica, hasta sus pedagogías de cómo debía despertarse el interés científico en los adolescentes. Siempre consideró, y lo dijo con resuelto ademán, que los planes de estudio y los textos, "eran apenas orillas de las aguas". Es decir, que éstas permiten penetrar más en ellas; que toleran riqueza en sus vueltas y revueltas en el torbellino cultural; y dan facilidad de ensancharse en la revelación intelectual. Y ésto lo acentuaba con una verdad que levantaba como guía de su acción frente al porvenir comunitario: "Los pueblos que se educan, no conocen, no pueden conocer el invierno del alma".

Abroquelado en esas tesis, que le favorecían sus impulsos de conductor de juventudes, aceptó la Rectoría de la Universidad de Antioquia, en 1927. Al comenzar, manifestó que no toleraba que los estudiantes no tuvieran representación en el Consejo Directivo. Era una concepción nueva, dirigida a que aquéllos pudieran intervenir en la dirección de sus claustros. Lo otro, fué facilitar zonas de recreación donde los discípulos pudieran tener medios de expandirse en sus horas de descanso. El estudio, entonces, deja de ser mandato y cilicio. Es actitud noble frente al existir. Y predicaba, constantemente, que era indispensable que la Universidad tuviera rentas propias. Sin éstas, es imposible tener independencia frente a los poderosos que desean impedir la libertad de pensamiento y de investigación.

LA GRANDEZA DEL ESPIRITU.

De suerte que cuando fue llamado para fundar la Pontificia Universidad Bolivariana, contaba ya con una larga preparación universitaria. No iba a improvisar. Conocía las fuentes de la cultura y sabía qué greda humana iba a modelar. Presentó objeciones iniciales para aceptar, pero quien lea con cuidado sus cartas de la época, hallará que lo que él buscaba, esencialmente, era que las definiciones de quienes iban a estar en las cercanías de tan singular aventura, tuvieran claros los objetivos y las metas. En respuesta a su nombramiento, dice: "Al frente de la Universidad debe ir una mentalidad fresca, robusta, vigorosa y fuerte". Allí está, en

los objetivos calificativos, la definición de cómo concibe su misión. Y, que nadie se equivoque. Lo llaman a una tarea de imponderables alcances. El no va a propiciar ningún resabio pedagógico. Ni dejará progresar los prejuicios. No detendrá el péndulo social que principia a balancearse en el ajetreo de la investigación. Porque él considera que un aire de renovación debe sacudir las prédicas y lo didascálico.

Y cuando se posesionó de sus huestes estudiantiles, en el discurso inaugural, les pidió que cada uno tomara "estatura heroica". No en el sentido de desatar violencias, para ganar galardones. Sino en el denuedo para defender sus tesis; impulsar el crecimiento y prestigio de sus aulas; acrecentar las virtudes de humildad y paciencia que demanda el conocimiento. Es una incitación a poner el alma en el vilo creativo. Que no haya desfallecimientos mentales; ni cobardías complacientes que impidan la apetencia en la investigación; ni entregas voluntarias a la malicia y al renunciamiento de situar desconocidos derroteros de la cultura. Su convocatoria es para consagrarse al cultivo de la grandeza del espíritu.

SEÑALA DERROTOS.

Monseñor Sierra, desde el primer instante, infundió confianza en la importancia de la misión que cada uno compartía. El gozaba de una seria estructura cultural. Sus estudios rozaban con lo más hondo de la preocupación por determinar las calidades del pensamiento. Y hablaba desde el nivel de su imperio erudito. De allí que dijera sin dubitaciones: "Respondo con mi vida que esta Universidad será nombrada con orgullo por todos los colombianos".

No desea una Universidad para consagrar profesionales, solamente. Desea que no se pierda, tampoco en las limitaciones de lo técnico. Aspira a que su acción en el estudio del pensamiento universal, reciba un aire donde la meditación ahonde en el alma de cada alumno. Es cuando recomienda :

"El estudio y cultivo de las humanidades es lo único que podrá devolvernos una misión real de la vida ascendente; nos enseñarán que tanto la ciencia como la técnica tienen su valor, exclusivamente cuando se ponen al servicio de un ideal de vida, de un ti-

po de ser humano, hacia el cual quisiéramos ascender en un esfuerzo continuado. No es que pretendamos excluir las letras modernas, sino que no se concibe cultura general, conocimiento fundamental, posibilidad de avance, sin las humanidades”.

Y sigue avanzando: deja unos postulados escritos, que se conocerán como “El Espíritu Bolivariano”, que servirán permanentemente, para guiar a quienes pasen por estos claustros. Se dan reglas de acción y de pensamiento, desde el torrente impetuoso de la adolescencia, hasta cubrir la corriente tumultuosa del existir. No escapa ninguno de los estados que debe encarar el hombre. Leámoslos con atención de discípulos:

- “1. Identificación plena con el ideal de la Universidad.
2. Disciplina universitaria de convicción, bajo la legítima autoridad.
3. Catolicidad y patriotismo, demostrados en todos los actos.
4. Fraternidad bolivariana.
5. Etica en la vida profesional y privada”.

NUEVAMENTE LO INQUIETANTE SOCIAL.

Al poner a funcionar las primeras facultades, indica a la Universidad que debe cumplir con sus responsabilidades sociales. Y lo hace tomando como nortes dos universos muy desconocidos en nuestra luchas, como son el poder popular y las mujeres. Para el primero, crea el “Círculo de Obreros” y, para el segundo, el “Círculo de Estudios Superiores”. Inmediatamente entra a organizar la “Segunda Semana Social de Colombia”. Las discusiones se centran en materias esenciales dentro de la evolución contemporánea: el comunismo y el capitalismo; el sindicalismo obrero; las Encíclicas Sociales; el Cooperativismo y la Legislación Social. Más que una notificación, es una advertencia de que estamos ya sumergidos en los diversos y complejos mundos que estaban inquietando a nuestro tiempo. Y que la Universidad no está para apadrinar privilegios, ni detener las aspiraciones colectivas, ni para

catequizar sosteniendo que la injusticia puede progresar al lado de la ciencia. De allí que sea tan clarificadora su frase que subraya un comportamiento cultural: "No será, pues, nuestra Universidad la corriente tranquila del río". Y Monseñor lo acentuaba con su gesto sereno, con rectitud, con firmeza.

UN HOMBRE PARA LOS DESAFIOS.

A Monseñor Sierra lo evocamos breve en su estatuta; moreno, con unos ojos verdes fijos, que no revelaban impaciencia, sino convicción. Cubierto con su sotana negra, este tono ligeramente diluído por el tiempo. Pasaba por los corredores de nuestra Universidad con paso ágil. Llevaba en sus gestos un aire de persona que emana el poder del mando, para lo cual no hacía alardes vanidosos. Al contrario, no tenía gesto ni de ostentación, ni de soberbia.

En su transcurso vital, dejó instituído que se había disciplinado para las diversas peripecias que le entregaba el combatir. Resistía con serenidad los riesgos y los desafíos. Estaba hecho para el "azar polémico". Sin buscarlo, no lo rehusaba.

Lo primordial en su quehacer, dimanaba de que creía en lo que hacía. Volvía realidad lo que imaginaba. Sus actos se parecían a sus sueños. Que eran austeros, ceñidos a la fé, hondamente penetrados de la vehemencia de irradiar dones de cultura. Quienes lo conocimos lo recordamos como hombre de carácter. Cada vez que tuvo apuros de asumir un ademán, no lo hizo sin proclamar su conducta. Pero sin doblegar ésta. A él le acoplaba, tan exactamente, la frase de que "el carácter consiste, ante todo, en no dar importancia al ultraje o al abandono de quienes están con nosotros". Vale la pena tener conciencia de que esa era una postura interior, y, por ciento, a ella ciñó Sierra su existir. En éste resplandecían, por igual, la modestia y el ímpetu. Resplandecía la voluntad, y el orden moderador de la inteligencia crítica.

EN SU PALABRA ESTABA LA DE LA UNIVERSIDAD.

Debemos preguntarnos, por qué a Monseñor Sierra lo sentíamos

tan abismalmente hincado en los prospectos universitarios. Tengo para mí, que cuando él hablaba no revelaba ningún propósito personal. Eran las aulas, las que se expresaban en su voz. Porque así estaba él de metido en su círculo espiritual. Al contrario, venía el eco de los claustros. El, recogía el rumor que se proyectaba en pedagogías. Por eso frente a la juventud, fué un permanente guardián de sus esperanzas.

Y alimentado por la confianza que despiertan los impulsos juveniles, él transmitía el sentido de la derrota a las gentes que no creen. No imponía el mandato; el consejo no lo daba con dureza; la advertencia no la formulaba con imperio. Lo que él lograba, era encauzar las energías vacilantes. Y las ponía a cumplir un derrotero de creación.

Nuestro Rector sabía que todo aquello que conduce a la grandeza, está circuido de expectativas insospechadas. No se conoce el término de esa lucha que se inicia. A este criterio se ajustó Sierra. Cuando lo llamaron a la fundación de esta Universidad, no se podía predecir el futuro. Este divagaba suelto, aéreo, indeterminado. Nada estaba previsto. Pero él tenía el sentido de la creación, pues con la imaginación, —asistida de voluntad, fuerza y elocuencia— trataba de armar la historia de un grande suceso de la cultura nacional. El asistió a los acontecimientos, pero modelándolos. El que escucha las ansias colectivas en el instante en que ellas son más enérgicas, ese es el jefe. El, lo fué. Esto lo logró con su ademán de austeridad. En él se entrelazaron el místico y el sabio. El primero dando el tono de las creencias; el segundo diciendo cómo es la claridad de éstas. Y así su nombre crecerá entre el fulgor cultural de su fundación universitaria.

Dr. OTTO MORALES BENITEZ
Abogado U. P. B. — Escritor.

